

una constante apoteosis de la mujer, en sus varias diosas representada con tantos y tan dulces prestigios. Hasta elementos ajenos al bello sexo, como la fuerza y la ciencia, veíanse representados en la mujer. La Minerva, que cuida de la oliva, también esgrime la lanza. Júpiter le ha dado su propia cota de malla. La Gorgona terrible, coronada por serpientes, abre la odiosísima boca en el centro de su escudo. La égida que lleva en los hombros exhala, como la carnicería en el combate, un espantoso terror. Su casco de oro está rematado por penachos tales, que podrían adornar las cimbras de cien ejércitos. Y bajo sus plantas rueda un carro de guerra exterminador, y en su mano vibra una fuerte y penetrante lanza. ¿No diríais que tal divinidad femenina representa la fuerza y la matanza en su persona?

En verdad, no acabaríamos nunca si hubiéramos de referir todos los tributos pagados por la religión de los griegos á la hermosura femenina en su risueña mitología. La mar de colores verdaderamente celestiales, de luz espléndida por el día, de fosfóreas y estelas semejantes á rayos de luna por las noches, toda ella cargada en sus profundidades con tesoros de perlas y corales, que se dilata entre costas arquitectónicas, fáciles de confundir con sacros intercolumnios, y que refleja en sus cristales cordilleras y archipiélagos de armoniosos y escultóricos recortes, bien debía personificarse por tales bellezas juntas en una diosa como Anfitrite, ó sean aquellas verdes y extensas aguas, en las cuales á un tiempo se retratan las islas con sus lineamientos y las estrellas

con sus resplandores. En el mar ha nacido también aquella diosa del amor que se llama Venus. Hanla mecido las ondas, coronádola con sus brillantes las gotas levantadas por el viento, vestídola con sus gasas las alboradas y los ocasos marinos, puéstola en carro de nácares las nereidas, arrastrádola sobre aquella celestial superficie las palomas uncidas á las madreperlas y seguidola por doquier en tropel aquellos delfines que saltan de gozo al verla y elevan de sus narices surtidores á las alturas, mientras la sombrean á una con sus alas todas las aves acuáticas y la bendicen todos aquellos que celebran teorías ó procesiones religiosas en áureas barcas, ceñidas de verbena y mirto, entre los cabos y los promontorios de Grecia. Pero ¿á qué detenernos ante divinidades tantas y tan variadas, múltiples como las cosas creadas y existentes bajo el cielo? Por los montes corre la casta Diana, cuya carrera bendicen las selvas heridas de sus argéneas flechas; en los manantiales nadan las ligeras náyades, todas ondulantes y fugitivas como el agua que pasa; en los arbustos hermosos, como adelfas y mirtos, las ninfas; y desde la muerte y sus sepulcros hasta las artes y su inmortalidad, se dilatan las Musas que inspiran las obras imperecederas y las Musas que cortan los hilos y urdimbres de la vida. No se puede negar que, pertenecientes los griegos á las razas arias, habían, como los indios, divinizado á las mujeres en todas sus apoteosis y consagrádoles inmortales templos.

Pues lo mismo pasa en las letras. La *Ilíada* nos interesa, más que por sus héroes, por sus heroínas. Todos sus incidentes, sin excepción, se tejen



alrededor de otras tantas mujeres, á cual más amada. El presente de una belleza, comparable tan sólo á la belleza de Venus, transporta de tal suerte fuera de sí á Helena en brazos de aquel Paris, tan hermoso en su sexo como ella en el suyo, que nos obliga, sin querer, casi á compadecerla por el terrible castigo impuesto á sus culpas con la guerra tan cruel para sus gentes y con la pesadumbre de ver á su raptor, dotado tan sólo con la belleza y sin virtud alguna de las que fortalecen é inmortalizan á los verdaderos varones en los grandes trances de su vida. Helena misma, pues, se nos ofrece purificada casi por la expiación de su crimen. Pero si Helena es culpada, en cambio ¡cuán puras y tiernas aquellas otras mujeres alzadas en torno de los demás héroes! El dolor y tristeza de la Hécuba, herida por la muerte de su hijo; aquella viuda incomparable, Andrómaca, puesta, como la estatua de la desesperación, junto al cadáver de su esposo Héctor, enseñan á una en sus prendas femeniles cuán idéntica siempre á sí misma es la naturaleza humana, y cómo las lágrimas de los femeniles ojos evaporadas suben al cielo después de haber aliviado nuestras penas y henchido nuestras almas tanto de consuelos como de esperanzas con su celestial y purísimo rocío. Estas mujeres de la *Iliada* tienen delicadezas y ternuras que inútilmente buscaríamos en aquellas hembras semíticas, vilipendiadas por las competencias de sus compañeras y recluidas en las ignominias de sus harenes.

Las heroínas de la *Odissea* no van en zaga, no, á las heroínas de la *Iliada*. Entre los dos poemas

existe la diferencia real que pudiera existir entre dos civilizaciones pertenecientes á opuestos hemisferios del tiempo. La *Iliada* resulta el poema de la guerra, mientras el poema de la navegación resulta por su parte la *Odissea*. En tal concepto mueven fuerza é ira la una epopeya, y astucia é inteligencia la otra. Las divinidades mismas, á servicio de los esfuerzos por el combate y sus horrores en la primer epopeya, pónense á servicio de los esfuerzos por el trabajo en la segunda. Vese allí todo lo que destruye; vese aquí todo lo que produce y crea. Neptuno airado significa el mar dispuesto á no dejarse por las quillas del navio herir, ni someter por el trabajo de seres despreciables como el hombre cuando se le compara de algún modo con sus espacios infinitos, con sus horizontes indecibles, con sus abismos insondables, con sus huracanes desatados, con sus tormentas continuas, con sus oleajes ensoberbecidos en tales encrespamientos y con tal furor, que parecen dirigirse á extinguir las estrellas en sus arremolinadas aguas. Y las playas inhospitalarias donde Ulises aborda, los escollos en que su esquife naufraga, los vientos unas veces sueltos con furor y otras metidos en los odres con sumisión, aquellas sirenas que cantan suaves entre las sirtes y atraen á los abismos, aquellos cíclopes con resuellos de volcanes y hambre de antropófagos, el Eolo á cuyo soplo los oleajes ascienden alterados como si combatieran rabiosos con las nubes sacudidas por las centellas y resonantes de truenos, las piedras que se desgajan sobre los mástiles y timones, las cavernas que se abren con bostezos te-



ribles y se tragan tantas gentes, aquel empeño de Calipso en mantener cautivos á los arribados, la magia de Circe y sus compañeras empeñadas en retener con sus encantos y sus hechizos al extranjero apartado de su patria; todos estos obstáculos representan de manera maravillosa, con aquella fuerza de personificación poética natural á los antiguos clásicos, todas las resistencias ofrecidas por el Océano y sus costas á las exploraciones del marino y á los cambios del comercio. Por una ley natural ineludible los barcos idos á tierras inexploradas llevan en sus vientres elementos de cultura ignorados por pueblos fijos, merced á su barbarie ó inexperiencia, en el territorio propio, como las raíces de los árboles en el suelo vegetal, y pugnan con todo cuanto cambia sus costumbres, aunque las pula y las mejore. De aquí las terribles fuerzas suscitadas contra el viaje de Ulises y la destreza con que va como burlándolas de soslayo quien jamás podía vencerlas de frente. Por eso la *Odisea* quedará como el cántico dedicado á las artes usuales en una industria sabia para vencer los combates de la naturaleza inaccesible casi al humano esfuerzo y sólo vencida, en su poder supremo y omnímodo, al prestigio y al milagro de una clara y superior inteligencia. Tal aparece á los ojos menos escudriñadores el viaje de Ulises y su arribo feliz tras tantos obstáculos á Ítaca.

Principalmente resaltan las mujeres entre todos los personajes de la *Odisea*. Semejante coro inmortal significa la distancia entre aquella cultura bélica de los tiempos de Aquiles y esta cultura mer-

cantil de los tiempos de Ulises. Merced al mayor influjo ejercido por el sexo hermoso, y dulce, y tierno, sobre la crueldad y la rudeza del sexo fuerte y guerrero, dulcificanse las costumbres y vuélvense mejores los hombres. Penélope representa la incontrastable fidelidad y constancia de una esposa de marino, la cual ha menester dobles virtudes que las demás mujeres para preservarse á las asechanzas de los desocupados que la cercan y mantener incólume su pureza, y con su pureza la indispensable legitimidad sacra de toda la familia en los largos viajes con sus tristes ausencias y sus forzosas separaciones entre los cónyuges. Con sólo recordar un pueblo marítimo y ver la esposa del ausente hoy mismo levantándose á la primera luz para ir á la misa del alba, en que no encontrará importunos, y recluirse luego hasta la madrugada de nuevo día festivo al cuidado y solicitud de sus pequeñuelos, descúbrese una copia del maravilloso ideal dejado por Homero en aquella Penélope, circuída por pretendientes dados á tenderla con sus regalos y sus requiebros múltiples lazos, inútiles, por incomprensibles, á la esposa fiel encerrada en sus deberes y que menosprecia de suyo halagos, asechanzas, asedios de las ambiciones y de los apetitos, respondiéndoles con ofrendas constantes de flores y frutos en canastillas bien olientes, ó de mieles y vinos en copas áureas presentadas ante los altares de Minerva para que prospere los días del navegante perdido en el mar y lo devuelva sano en alas de las brisas y sobre las celestes ondas á la casa, y á la familia, y á la esposa, vivas en sus ojos, de donde las





transmite al pecho y al recuerdo en sentimientos y remembranzas, con la seguridad completa de volver á verlas y saludarlas en verdadera y profunda efusión, antes de su muerte. Por la virtud purísima de tal mujer puede comprenderse que Ulises permanezca en su viaje sordo á las seducciones é inflexible á las amenazas como el escollo que las ondas combaten por las plantas y los huracanes por las cimas, sin lograr nunca jamás conmoverlo. En vano Calipso le ofrece gruta por hogueras de cedro aromada interiormente, y á cuya puerta el frescor de los bosques se confunde con el aroma de las flores en praderas ornadas por pámpanos y racimos que se prenden á las pirámides sombrías del ciprés y á las ramas de los laureles y á los brazos del álamo animados por el rumor de los arroyos y el arrullo de las palomas; el marino mira la mar inmensa y sabe que tras sus líquidos desiertos se ocultan allá lejos, no unos Campos Elíseos como estos donde la fortuna lo retiene atado con cadenas de rosas, una tierra seca y pedregosísima, pero guardando en su aridez el sitio en que yacen los sepulcros de sus abuelos y se meciera la cuna de sus hijos, no lejos del tálamo y del trono compartidos con una mujer predilecta, dechado completo de todas las virtudes.

No pueden referirse ni contarse las personificaciones dejadas en sus mujeres hermosas y varias por el cantor de la *Odissea*. Unas representan la calma celeste de los mares mediterráneos en las noches del estío, y otras la hospitalidad propia de todas esas familias ribereñas en quienes ha puesto

naturaleza tales sentimientos de comunicación para que sirvan en sus puertos al encuentro de todas las razas, al cambio de todos los productos, al vuelo de todas las ideas. Cuando yo leía por mis aulas, tan lejanas hoy en los espacios del tiempo, tan próximas á mí en los afectos del corazón, pues me parece asistir á ellas en espíritu, cuando yo leía las obras clásicas, y tornaba luego los ojos al mar celeste, pues para verlo bastábame con bajar el adorado libro, aquella trémula superficie de cristal azul perla, y aquellas ondulaciones suaves ceñidas por gotas de ligeras espumas, y aquellas refracciones del sol desde su cenit en las aguas, fingiendo como lluvia de menudas estrellas rebotadas de nuevo á los aires cual enjambres de áureas mariposas y abejas, toda la meridional hermosura de nuestros mares me recordaba la ninfa Leucothea, propicia siempre al navegante griego é interpuesta entre las cóleras de Neptuno y las naves de los helenos para volver prósperas y felices las expediciones más arriesgadas y audaces. ¡Cuántas veces he visto esa incomparable habitante de las cristalinas urnas mediterráneas al acompañar en sus esquifes á los pescadores de peces volantes por las noches, cuyos pescadores, de pie sobre la popa, en su mano el tridente, á los piés el fuego puesto sobre una especie de trípode y resplandeciendo hasta encender y animar el color azul de su traje y el color encarnado de su gorro, van dejando resplandores á los cuales veis un jaspeado de colores en las arenas y bajo las aguas, resplandecientes también por el retrato de los astros en su seno y por el fosforeo de



las luminosas estelas! ¿Y quién podrá olvidar á Nausicaa? Miradla en su carro, tirado por las mulas engalanadas, junto á los lavaderos de su casa regia, de pie por los bordes aquellos de los secos torrentes vecinos al mar que mezclan las adelfas con las algas, y decidme si no la saludaréis como la saludaba el navegante griego, comparando su talle gallardo con la palmera solitaria que sombrea con sus palmas el ara sacra de la hermosa Delos. Id á cualquiera de nuestros caseríos mediterráneos; sentaos á la puerta, fatigado, para respirar bajo el sol ardiente la salada brisa del fresco mar; y cuando la joven de ojos negros y profundos, de trenzas cogidas con áureas agujas, de alpargatas semejantes á sandalias, de pañuelo sembrado por lentejuelas, con el jazmín á la cabeza esférica, y el zagalejo de colores al cuerpo escultórico, y el cántaro al costado, y el vaso en la diestra, sonriente de alegría y deslumbradora de belleza, bajo el parral, junto á la pasionaria, entre los limoneros, y los granados, y las higueras, os traiga una cesta de frutas, más olientes que flores, y una toma de agua, más embriagante que vino, recitaréis los versos de la *Odisea*, y os parecerán divinos porque han libado en mirtos, azahares, gomas, espliegos, tomillos, las mieles de una poesía inmortal destilada por todos los poros de nuestra fecunda y deliciosa tierra. Sirenas, vosotras sois con vuestra dulce y melodiosa voz, que retiene cautivo al navegante hasta quitarle por completo la memoria de su patria, esa playera melancólica, esa penetrante saeta, esas canciones en cuyas cadencias compiten á porfía el ver-

so con la música, el sentimiento con la palabra, y que, difundiendo por vuestras venas con sus largas y voluptuosas notas una especie de somnolencia semejante á la producida por los filtros orientales, concluye por rendiros esclavos y por quitaros toda voluntad que no sea el perdurable goce de aquella poesía y de aquel amor. Calipso, tú eres el puerto de socorro y la playa de abrigo; Circe, la ciencia milagrosa que muestra cómo evitará el marino bajíos y escollos, ó conjurará tormentas y tempestades, leyendo en el aire señales del próximo tiempo y colocando en los astros del cielo jalones para su ruta por los abismos del mar; Nausicaa, tú eres la hospitalidad propia de los pueblos asentados en costas muy abiertas á todos los vientos y muy accesibles á todos los barcos; Leucothea, la serenidad y la calma de aguas propicias; pues todas juntas debían denominarse las Musas del mar.

Así como Polifemo en sus antros de Sicilia, los escollos Scyla y Caribdis en la entrada de sus estrechos, las iras de Neptuno y Eolo representan todo aquello que contraría en el mundo al marino; las Sirenas, por lo contrario, representan todo aquello que le atrae para poner en su memoria olvido de la patria y del hogar ausentes; Circe, todo aquello que mágicamente lo ilustra con sanísimos consejos y lo industria en secretos de cielos y mares; Leucothea y Nausicaa, los auxilios y los consuelos indispensables á quienes combaten con huracanes y oleajes, sobre todo cuando exploradores ó naufragos andan á merced y arbitrio de los caprichosos elementos, quienes juegan con su vida y les presentan



por doquier pedruscos para estrellarse y abismos donde sumergirse. Por esa virtud admirable que los griegos tienen de personificarlo todo, personificará Homero lo adverso por regla general en personificaciones masculinas, mientras lo próspero en personificaciones femeninas. Por un Agamenón que, allá en los círculos del averno, acuse á su mujer Clitemnestra de adúltera y parricida, otros personajes del poema y otros ejemplos de sus bellas estancias ensalzarán en loas innumerables á la mujer sin tasa y nos la presentarán como dechado completo de todas cuantas virtudes se necesitan para embellecer los hogares y sustentar las familias. Penélope, la mujer del marino, excede á todas. El gran poeta quiere pintar en ella la fidelidad inquebrantable al matrimonio de la esposa que ha de velar por una casa expuesta siempre al abandono en las largas ausencias del jefe y necesitada por tanto de una fe mutua en los cónyuges, única prenda posible de legitimidad en la familia. Cuantos escollos rodean á la mujer de un marino muy apartado del hogar por su oficio, hállanse descritas en la nube de pretendientes importunos que rodean á Penélope y que ponen chanzas múltiples á la castidad de su vida y á la pureza de su alma. La escena en que Ulises arriba, transformado en viejo, al hogar propio, donde nadie le conoce, ha pasado como eternal modelo á todos los tiempos y á todas las literaturas. Con ese arte, propio de los grandes poetas, para trazar de un solo rasgo una gran situación, en su llegada, el perro fiel y viejo le olfatea y le reconoce, muriendo á sus años y á sus regocijos

en aquel crítico momento. Después del perro le reconoce la nodriza, tan importante de suyo en todas las familias griegas; pero se contiene, al manifestar su arrebatado de alegría con jubilosas exclamaciones, porque Ulises la tapa con su mano la boca. Lo cierto es que bajo las fingidas apariencias de pobre y anciano puede ver cómo aquella esposa del alma guarda para él todos sus encantos, mientras para los numerosos sitiadores de tanta hermosura y pureza todas sus iras. El velo que cubre su faz, recatándola con sus pliegues á las indiscretas miradas, sírvele para más realzarla é imponer á todos, como una diosa erigida sobre la piedra del hogar, aquellos respetos arrancados por la virtud á los mismos que la reconocen y la sienten tanto más cuanto menos la cumplen y practican.

Los pretendientes ofrecen á Penélope toda suerte de preciosos dones, quién largo velo recamado con realces áureos, quién collares de ámbar y pedrería, quién zarcillos formados por tres gordas perlas, y, después de recomendarse así á las preferencias de la mujer que solicitan, bailan, comen, beben, juegan al resplandor de las lámparas alimentadas por olorosas resinas y de las antorchas puestas en mágicos círculos de fuego por las bellas esclavas, mientras Penélope, semejante á Venus por su grociosa hermosura y á Diana por su casta majestad, se asienta muy tranquila en su silla regia tachonada de marfil y plata, se da por completo á meditar sobre los sacros recuerdos de su esposo, y previene husos é hilos á fin de tejer telas que muestren cómo prefirió á todos los festines aquellas labores propias



de su sexo y útiles á toda la familia. Las escenas finales de la *Odisea* presentando el combate dramático entre la casta esposa, los ambiciosos pretendientes y la cólera mal retenida del marido por industrias divinas oculto en la forma de un viejo y en los harapos de un mendigo, exceden á todo cuanto puede imaginarse y demuestran hasta qué punto llega la imaginación fecundísima de un gran poeta creador urdir argumentos é inventar personificaciones para poner como de relieve los tipos más generales del mundo y los sucesos más corrientes de la vida. Cuando Ulises llega pronto á recobrar sus derechos de marido, el desenlace funesto para su alma se acerca, la boda inevitable de Penélope. Telémaco mismo, su primogénito, la trata con dureza inusitada y la obliga con imperiosos mandatos al sacrificio. La ilustre representante del hogar helénico no sólo debe renunciar á su amor de toda la vida y al culto santo del sér en cuyos brazos ha sentido la felicidad, sino que debe superar las repugnancias de un corazón sublevado contra los que han destruído sus campos, robado sus vacas y sus ovejas, puesto la nube del deshonor sobre su palacio convertido en aduar por los favores arrancados á siervas que Penélope habia mantenido junto á sí cual fieles guardadoras de su honra, y que procedían como meretrices en los desórdenes y en los horrores de aquellas desordenadas orgías. No puede, no, darse contraste más bello que la voluptuosidad terrible de aquellos jóvenes y de sus orgiásticas fiestas, donde corría el vino á torrentes y se desperdiciaban los besos en criminales y volan-

deros amores con la casta severa figura de Penélope, atenta siempre al recuerdo amado, mantenedora del fuego sacro junto al hogar como junto al fuerte de su defensa, con las manos ocupadas en el telar y en el huso, cuerpo y alma separados del vicio que la circuía y asediaba, los ojos puestos en su honor y en su cariño, la esperanza en un regreso próximo del ausente, y toda ella entregada en su vida triste y en su casa vacía con religiosidad incomparable al dogma santo y al culto perpetuo del deber.

La escena final recuerda un tanto la barbarie de aquellos tiempos, á pesar de lo mucho que las costumbres en Grecia se han dulcificado y de lo mucho que la cultura humana se ha extendido. Tierno y dulce aquel episodio en que la nodriza le lava los piés á Ulises por mandato de Penélope; dramático é interesante aquel otro en que los pretendientes deben coger el arco de su rey para mostrar su destreza, resulta muy terrible y trágico el consagrado á la venganza y al castigo. No se creería tal matanza una escena del culto pueblo griego; creeríase más bien una escena de aquellas frecuentes en los pueblos árabes, como el descabezamiento de los omniadas por los abasidas, ó como el ingreso de los romanos en Jerusalén desolada. Ulises recobra su figura natural á la hora suprema de una resolución ya convenida é impuesta, en que su mujer designe marido, entregándose, por consiguiente, á nueva familia y nuevos ritos. No parece, no, en aquel momento un héroe humano devoto de los esfuerzos creadores del comercio y del trabajo; pa-